

LA REVOLUCION DE LOS INDIOS KUNAS DE PANAMA

(Febrero de 1925)

Introducción por Ricardo Falla S. J.

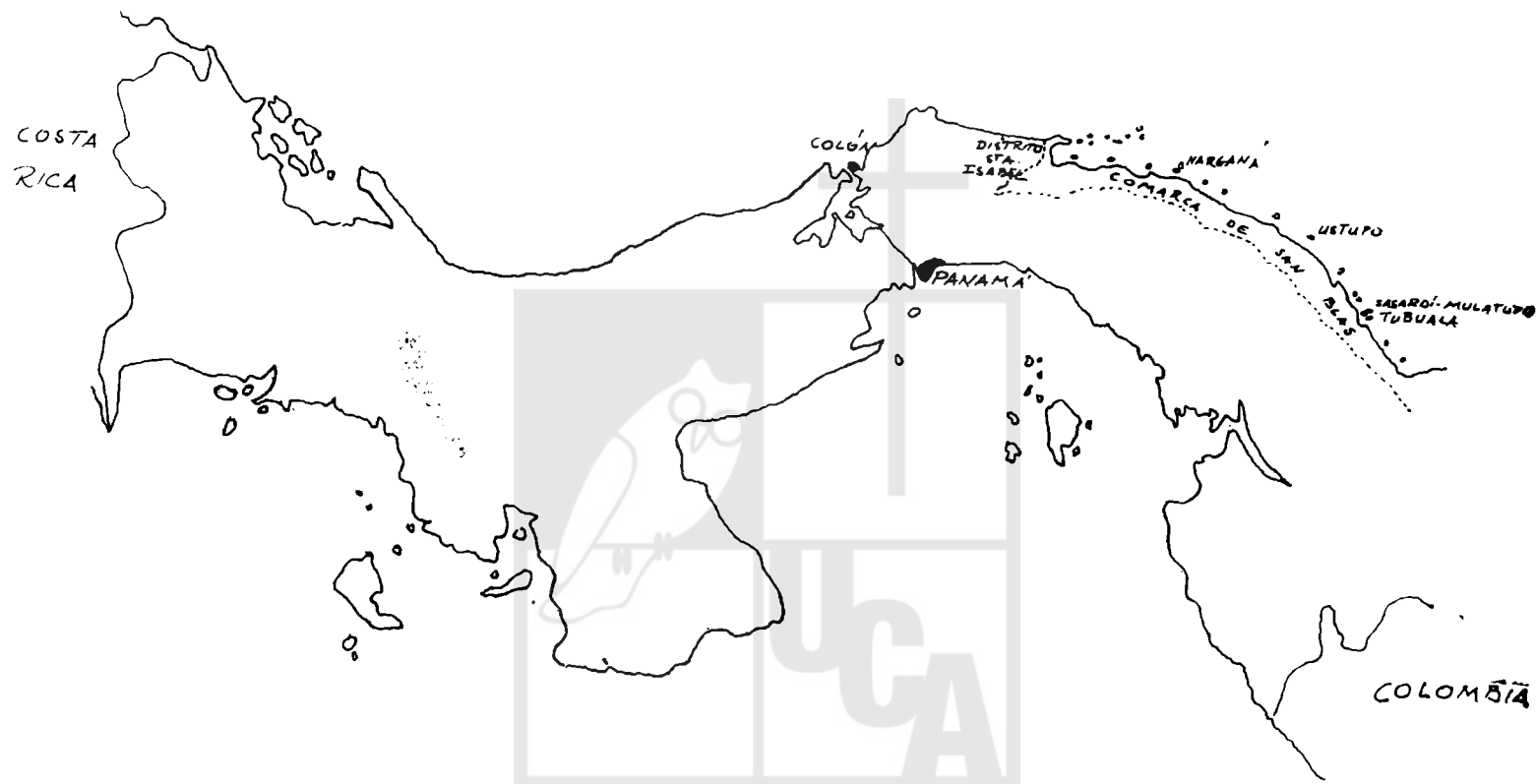
Se han cumplido en Febrero cincuenta años de la Revolución de los Indios Kunas de Panamá. Dentro del movimiento de revitalización indígena de América el recuerdo de las luchas de los pueblos aborígenes por su existencia es como el alimento que les da fuerzas para unirse. Por eso, hemos querido rescatar casi del anonimato el relato recogido hace 30 años de boca de los participantes todavía vivos de la Revolución por el P. Jesús Erice y publicado en 1948 en una modesta revista mimeografiada de distribución local, **La Juventud Samplaseña**. Erice aprendió la lengua del lugar como pocos y todavía sigue viviendo en la región.

Los Kunas panameños (también los hay en Colombia) cubren dos regiones, la del archipiélago de San Blas sobre el Atlántico y la de los márgenes de varios ríos en las Provincias de Panamá y el Darién. Los primeros son gente de mar, los segundos de tierra firme.

Los Kunas del archipiélago de San Blas, protagonistas de esta rebelión sangrienta, viven en unas 80 islas con una población actual que debe haber ya pasado de los 30.000 habitantes. En el relato de la Revolución aparecerán los hombres de islas importantes como Playón Chico, el centro de la masacre, Ustupu, Ailigandí, Tupile, Narganá, etc. Cada una de estas islas es la sede de una comunidad gobernada por varios jefes (caciques los llama a veces el autor). Sahilas, en Kuna, escogidos por la misma comunidad. Ellos condensan la opinión de su pequeño pueblo, el cual se junta las noches a discutir democráticamente los temas de importancia en el rancho enorme del Congreso. El Congreso es como el corazón de la isla.

Además existen para toda la región 3 Caciques escogidos de por vida en el Congreso General Kuna. Ellos corresponden a tres divisiones del archipiélago, la occidental con centro en Narganá; la central con sede en Ustupu; y la oriental, que linda con Colombia, alrededor de la isla Tubualá. El Congreso General Kuna es la reunión de todos los representantes de las islas. Sus decisiones, sobre todo frente al Gobierno Nacional, afectan a toda la Comarca de San Blas, como se le llama en la Constitución de la República a la unidad política formada por el pueblo Kuna del archipiélago. Parte de la extensión de la Comarca se encuentra en el continente. Allí los Kunas siembran sus cultivos. En las islas, en cambio, no cultivan nada, solo residen.

Dada su organización interna y su posición geográfica aislada de la Ciudad de Panamá, el Kuna de San Blas ha sido acérrimo defensor



MAPA 1: REPUBLICA DE PANAMA

de su autonomía. Para quebrar dicha autonomía el Gobierno propició durante el primer cuarto de siglo un movimiento "civilizador". El Gobierno buscaba amarrar a la Nación a ese archipiélago demasiado abierto al mar, que todavía rehusaba en algunas islas ondear la bandera de Panamá en vez de la de Colombia. El Gobierno propició la construcción de escuelas, como enclaves de la nacionalidad, y la penetración simultánea de la Iglesia Católica. Penetraron también los abusos de las autoridades extrañas, las violaciones de mujeres Kunas de parte de comerciantes negros y policías panameños, la supresión de costumbres tradicionales, como el vestido de la mujer y sus adornos. Hubo campañas para recoger "molos" (blusas típicas), "güines" (brazaletes) y argollas de oro que las mujeres pendían de sus narices. Se persiguieron los cantos tradicionales en los que se rememoraban los mitos de origen en los Congresos de las islas. El Extranjero ("Uaga") se apoderó de muchas tierras del patrimonio Kuna. La situación de opresión se fue tensando de tal modo que estalló la rebelión, gloriosamente llamada por los Kunas, la Revolución Tule. Tule es gente, gente Kuna, por supuesto, en Kuna.

La admiración del autor por la Revolución como lucha de un pueblo en defensa de su existencia, identidad e idiosincrasia, no excluye la valoración negativa más o menos implícita sobre algunos hechos de sangre, equivocados, cometidos con personas inocentes, como los bebés abandonados a las olas del mar.

Dividimos el relato en dos partes, primero los sucesos alrededor de la isla de Playón Chico, que fueron planeados desde Ailigandí y Ustupu, y segundo, los ataques en las islas de la región occidental preparados desde Kartí y Ailigandí. En un próximo número presentaremos la segunda parte con el desenlace de la Revolución.

PRIMERA PARTE: PLAYON CHICO

A— SE AGUDIZAN LAS TENSIONES

Convulsiones esporádicas. Con anterioridad al levantamiento general, se produjeron revueltas de carácter local, que contribuyeron a exacerbar a la tribu entera y a que un día tomara una determinación extrema. En este delicado período de efervescencia fue cuando el anciano y supremo Cacique Simral Colman¹ llamó a su lado por consejero suyo al cacique de Ustupu Nele de Kantule², el hombre más prestigioso de la tribu por sus conocimientos y energía de voluntad. Por doquiera surgían problemas espinosos que el achacoso y venerable Premier no podía resolver.

Así, registramos que en el año 1921 en Río Azúcar ultimaron a dos policías indígenas: Claudio Iglesias y Agustín González, mientras otros eran heridos. Habían ido allí en cumplimiento de una orden de arresto contra un indio indómito y caracterizado, que altaneramente había irrespetado la orden de cambiar los vestidos y suprimir las argo-

(1) Colman fue Cacique General desde 1907. Murió en 1926. Lo sucedió Nele de Kantule, sáhila que era de Ustupu.

(2) Nele de Kantule, sin ser entonces todavía Cacique General, fue el hombre fuerte de la Revolución.

llas de las mujeres residentes en Narganá. Otros tres civiles sucumbieron también en la nocturna refriega.

Más tarde el pueblo de Tigantikí fue incendiado por la Policía, que reiteradamente vió frustrado su intento de prender a un infanticida³, por la unánime resistencia del pueblo. Tan distanciada estaba la mentalidad primitiva de sus habitantes.

En San Ignacio de Tupile mismo, hubo revueltas de intensa violencia, en que quedaron físicamente malparados algunos agentes públicos y su jefe. Aún sobreviven los participantes. En fin, apenas hay pueblo en que se estableciera alguna avanzada de cuartel o escuela, y no se viera convertido en escenario de algún disturbio de mayor o menor cuantía.

Al borde de una tragedia. El incidente tuvo lugar en Playón Chico el año 1923. Gobernaba el pueblo el renombrado Sahila Olobanike. Había cuartel y escuela. Desempeñaba la jefatura de la fuerza pública un interiorano⁴, por nombre Castillo. Este había prohibido la celebración de fiestas con chicha fermentada⁵. No obstante, el pueblo acordó hacerse el desentendido, pasando a llevarla a efecto. Para no quedar cortos, llenaron 18 grandes tinajas de barro con jugo de caña, que para el día prefijado estaría en sazón.

Estando el pueblo reunido en congreso, Castillo entró al recinto de la magna asamblea, para intimarles que desistieran de contravenir la orden de abolición de las chichas. En este razonamiento estaba, cuando se levantó un indio palo y le arrebató la gorra en actitud agresiva. Al momento aparecieron palos en alto haciendo causa común. El avisado policía, viéndose solo en medio de un pueblo armado y amenazante, decidió con buen acuerdo salirse del congreso, empuñando la pistola, por si acaso precisaba defenderse.

Al pasar por la puerta del chozón, encontróse casualmente con el principal Vocero⁶ del pueblo, Oloingipe, y descerrajándole dos tiros, lo mató. El Sr. Castillo comprendió la gravedad del momento y el peligro que se cernía sobre él y los demás agentes de policía. Les mandó salirse inmediatamente del cuartel, que por ser de caña y paja ofrecía poca seguridad, y atrincherarse en el edificio escolar, que era de madera y les daba por lo mismo más oportunidad de planear alguna mayor defensa.

Despachó sin demora una comisión a la Cabecera de la Intendencia⁷, comandada por el agente indígena Benito Guillén, solicitando ur-

(3) El infanticidio al que se refiere aquí el autor es sin duda el enterramiento vivo de algún niño albino recién nacido. Parece que se racionalizaba su muerte diciendo que era hijo del diablo o del extranjero.

(4) Interiorano: de las Provincias del Interior de Panamá. No se refiere el término a posibles habitantes indígenas de dichas provincias.

(5) Se celebran fiestas con chicha, corrientemente llamadas "chichas" para festejar la primera menstruación y el corte de cabello de la mujer lista para contraer matrimonio. La sociedad Kuna da gran importancia a este rito de paso.

(6) Voceros son los que traducen al Kuna popular los cantos de los grandes cantores en Kuna arcaico. Son los moralizadores del pueblo en el Congreso.

(7) La Intendencia es la autoridad política no Kuna superior equivalente a la Gobernación de las Provincias. El Gobernador es para las Provincias como el Intendente es para la Comarca.

gente ayuda, que llegó al día siguiente en la lancha oficial Santa Isabel, en la cual vinieron doce números. A ellos se agregaron otros de Tupile.

Entre tanto, el pueblo seguía bajo la ley marcial, encerrado en sus casas, sin poder salir⁸, ni para las necesidades más elementales de la vida.

La fuerza pública, suficientemente reforzada, rodeó la casa de la chicha y procedió a quebrar con la culata de los fusiles las diez y ocho ánforas de barro; operación que realizaron los agentes Francisco Pérez, otro interiorano innominado y el indígena Pedro Estósel, que aún⁹ vive y es el informante de este hecho.

Según aseveración de ellos mismos, el pueblo hallábase muy dividido. La juventud apoyaba incondicionalmente las gestiones oficiales; mientras los tradicionales encontraban indigesto todavía el alimento de la civilización.

Esta división interna impidió al pueblo tomar ninguna decisión, que hubiera podido ser de insospechables consecuencias, incluso para la Comarca entera. Por el momento no se llegó más que al borde de una tragedia.

Por más que el Sr. Castillo hubo de ser trasladado de allí, el pueblo no olvidó tan aciago lance. Fácilmente podemos imaginar la animosidad que este infortunio iba creando paulatinamente, hasta culminar en la matanza general, cuyo escenario principal fue este pueblo.

La atmosfera va enrareciéndose. Hay en San Ignacio de Tupile un hombre parcialmente tullido, excelente sastre y que, a una memoria feliz, junta perspicaz inteligencia. Le alienta, además un gran deseo de instruirse. Este nos describe un hecho revelador de la situación reinante en la Comarca.

"Aquí había dice una escuela de madera y la civilización encontraba apoyo en el Cacique, el renombrado Inatoikiña. Acontecía frecuentemente que a las fiestas del pueblo venían también los indios de los pueblos vecinos, principalmente, de Ailigandí, por el parentesco que nos une con ellos. De vez en cuando, los hombres ya en estado ebrio, dificultaban las labores de la escuela e importunaban a la maestra, a pesar de las prohibiciones. Los de aquel pueblo, que aún no compartían con nosotros las ideas de avance, daban rienda suelta a sus contenidos sentimientos, desatándose en palabras mortificantes, frente a frente con los policías, los cuales armados y todo, no sabían a veces guardar la mente despejada, llevados por la corriente de la fiesta. Cierta día tuvo lugar un altercado de muy mal tono, en que uno de los contendientes, miembro del destacamento, realizó varios disparos de pistola. A pesar de haberlos hecho al aire, causaron enojo y fuertes comentarios contra los

(8) Este no poder salir puede referirse a no salir de la casa o también a no salir de la isla. El autor parece referirse al primero. Las casas son grandes y la mayoría tiene acceso a las playas de la isla. Allí se construyen los retretes en una casucha de madera sobre el mar.

(9) Recordar que el relato es de 1948 o poco antes.

servidores del gobierno¹⁰. Ya se ve que el espíritu de discordia iba minando los fundamentos de la buena convivencia.

Incubando la revolución. Eventos de este cariz llovían, sin cesar, a la oficina del gran Colman. De todas partes presentábanle quejas de atropellos, multas, ultrajes al sexo débil, a la raza, etc., que tenía a los magnates del gobierno Kuna, Nele y sus adláteres, en trance de tomar una determinación extrema: acabar de plano con todo elemento extraño. Pero un muro infranqueable se les ponía ante su vista: su inferioridad, la posibilidad del fracaso, la falta de un refugio en caso de fallar el golpe. A la verdad no tenían quien les resolviese tantos interrogantes. Más..., el hombre apareció un día: Richard O. Marsh, un miembro de la sociedad etnológica de New York, y... ¿quién sabe qué más?

Smithsonian Institute. Marsh jugó un papel tan principal en la sublevación de los indios, que merece especial estudio. No eran del todo desconocidos, ni mucho menos, los Kunas de Panamá para esta sociedad Nortea. Ya en 1908, 4 de enero, desembarcaron en Colón seis miembros de esta institución habiendo salido de New York el 28 de diciembre de 1907. Después de recorrer a pié la costa atlántica del Istmo en la dirección Este, en una extensión de 160 millas, entre idas y venidas, cerros y valles, lograron penetrar por Mandinga en la región de los indios Kunas de San Blas; pero a estos no les hizo mayor gracia su presencia y hubieron de regresarse inmediatamente a Colón. A la llegada murió uno y otros dos tuvieron que internarse en el hospital de esta ciudad. A la verdad, los éxitos no igualaron a los sacrificios.

Otra expedición despachó dicha Sociedad a la región de los indios Kunas. Esta vez, la exploración tuvo en el Pacífico su punto de partida, surcando los ríos. Llegaron primeramente a Yaviza y de aquí remontaron la Cordillera, haciendo escala en Sokubdí, pueblo de Kunas monteses. De aquí descendieron, finalmente a Caledonia o Koetupu. De nueve personas que arribaron uno sucumbió allí mismo, efecto de las fiebres y agotamiento; cuatro volvieron enseguida sobre lo andado y los cuatro restantes prosiguieron su abnegada labor, bajo la dirección del más aventurero de todos, Richard O. Marsh.

Por espacio de 20 días se dedicaron afanosamente a acumular la mayor cantidad posible de objetos típicos, recoger leyendas y tradiciones, anotar usos y costumbres, coleccionar distintos tipos de indios Kunas, correspondientes a otras tantas manifestaciones de su degeneración. También de estos hicieron acopio, llevándose a Norte América sabios Caciques, albinos de ambos sexos, etc., total unos siete ejemplares.

Fraguando... ¿qué? En la región de Sasardí¹¹, jurisdicción de Inapakiña, se entregaron a un movimiento febril, consiguiendo reunir un gran congreso en que se hicieron representar la mayoría de los pueblos de dicho Cacicazgo. Dado el matiz de los problemas a tratar, acor-

(10) Aquí no se refiere a un Cacique General, sino a un Sáhila local de mucha importancia.

(11) Esta es la región oriental que dijimos que tiene su centro, al menos en teoría según la Carta Orgánica de la Comarca, en Tubualá. Tubualá está cerca de Sasardí y Mulatupu, isla esta pegada a Sasardí. Posiblemente creyó Marsh que la región oriental sería la más rebelde por su cercanía con Colombia de quien había vivido muchos años antes de la Independencia de Panamá y seguía viviendo.

daron llamar también a los delegados de los dos pueblos más importantes de la facción de Colman. Al efecto fueron designados: Iguanikdibipi de Ailigandí y Olomaidi de Ustupu.

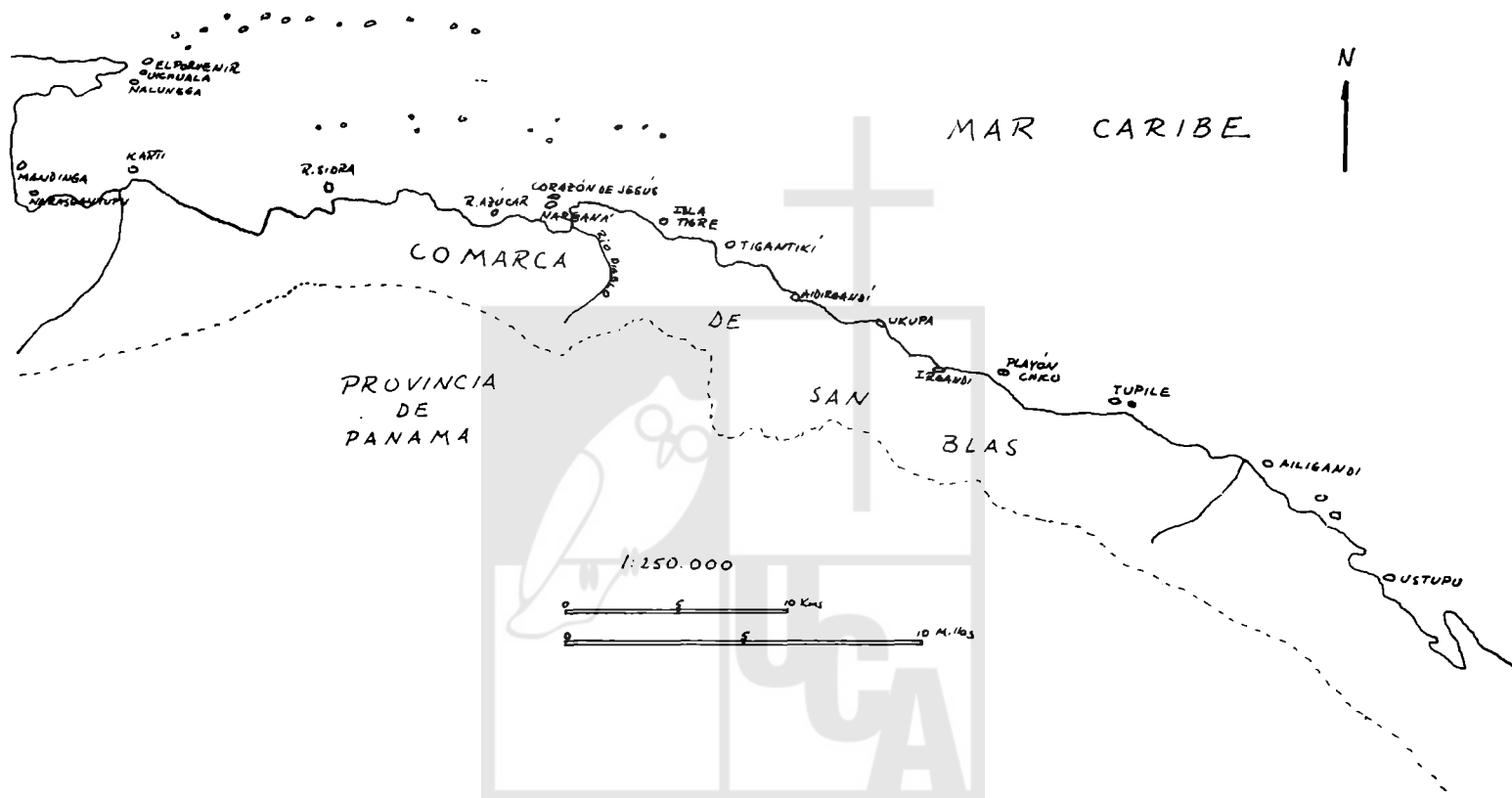
En el transcurso de las discusiones llegó a convencerse Marsh de que no eran Inapakiña y sus partidarios los más influyentes de la tribu, sino más bien Colman y Nele de Kantule. Trasladóse a Ustupu permaneciendo aquí un día entero. Al día siguiente prosiguió su viaje hasta Ailigandí, sede del supremo Sahila Colman. Con el gran Consejo de éste se asesoró bien sobre los graves problemas existentes y realizó en cuatro días todas las diligencias necesarias para efectuar sus indescifrables designios.

Siete indios escogió Marsh para mostrarlos en el laboratorio etnológico de la sociedad. Con ellos fue también el que era cerebro y consejero confidencial de Colman y que actualmente (1948) es Cacique de Ailigandí, Iguanikdibipi. Mas éste no había de ser objeto de un examen etnológico, no le medirían el ángulo facial, ni el perímetro de su físico, sino que le aplicarían otra medida: la política: investigarían sus designios sangrientos, como él mismo lo confiesa paladinamente.

Ultimando preparativos. Los indios regresaron al cabo de siete meses, y Marsh con ellos. Sin pérdida de tiempo se entregó éste a una actividad febril. Pasaba y repasaba en cayuco desde un extremo al otro del archipiélago, vistiendo a veces a la usanza de la tribu y comiendo al estilo de la culinaria indígena. Frecuentemente aparecía con un buque hermoso, por nombre Cleveland, en las islas que no caían bajo el radio de acción de la autoridad, en compañía de amigos o colegas de profesiones afines a la de él.

Tres eran los puntos estratégicos que él aseguró para dar el golpe certero a la víctima: Ustupu. Ailigandí y Kartí. Celebraba secretos congresos y frecuentes entrevistas con los ejes de la estrategia indígena. Ya tomaba tonos sentimentalistas, ya actitudes dictatoriales, para convencerlos y reafirmarlos en la decisión. Otras veces ideaba combinaciones varias para el mejor éxito de la aventura. Abrigábale cierto temorcillo, según puede comprobarse por testigos confidenciales, por la veleidad y timidez de los jefes indios que posiblemente se sintieran estremecidos a la hora de descargar el golpe. Por eso comprometió al más valiente y enérgico de ellos, Nele de Kantule, a no retroceder. Ni faltó amenaza de represalias para el caso de debilidad.

El indio fuerte: Nele. Dícese que Colman, ya muy anciano y achacososo, no se sentía muy animado a la cruenta empresa; y que hasta su ideología religiosa-moral se le interponía en el camino y lo hacía vacilar. Pero no así Nele, que dotado de un físico robusto y un espíritu fuerte, alentaba a los pueblos con razonamientos similares a éste: "Señores, nosotros debemos mandar en nuestra tierra y hacernos respetar. Están desapareciendo nuestras costumbres; nuestras hijas están siendo irrespetadas y arrancadas del hogar contra la voluntad impotente de sus padres. Nuestros hermanos de tantos pueblos están sometidos a pesados tributos por caprichos de gente más baja que nosotros, debemos librarnos del yugo de los negros que nos maltratan. Dios nos colocó en esta tierra. El nos ayudará. Acudamos a su poder, portándonos bien, sin mentir ni robar, sin cometer torpezas; recibiendo bien al peregrino y al amigo forastero. Si el no nos ayuda, seremos derrotados". Estos eran



MAPA 2: COMARCA DE SAN BLAS

los conceptos que Nele vertía constantemente en sus vibrantes discursos. Los voceros y mandamás de Ailigandí y Ustupu, seguían las huellas de su Premier, manteniendo, de esta manera fresca la herida abierta en el alma de la raza. En todo ello se sentía la experta dirección de un aventurero de intenciones ambiguas.

Un chispazo sin consecuencias. Estaba cargada la atmósfera. Cuál era el estado de los ánimos indígenas, poco antes del levantamiento, nos lo manifiesta este hecho. El grupo de indios llevados a EE. UU., ya de regreso a sus hogares, vinieron de Colón a San Blas en el barco oficial de la Intendencia, llamado Norte. Venía también Iguanikdibipi trayendo todo el plan revolucionario a desarrollar. La lancha se dirigía a Puerto Obaldía, llevando al mismo Intendente, Sr. Mojica. Al atardecer arribaron a la isla de Ailigandí, anclando allí con propósito de pernoctar.

Como es sabido, los habitantes de la región, a esa hora acostumbraban estarse mano sobre mano, ansiando novedades para su distracción. Apenas llegó la motonave, muchos se acercaron a ella en sus cayucos, subiendo varios a la cubierta. El Sr. Intendente, queriendo mostrarse afable, y testimoniarles su buena voluntad, intentó insistentemente alargar la mano a uno de ellos, mientras éste ariscamente esquivó la cortesía con expresiones como estas: —No me toques, tú no eres amigo mío. A lo que el Jefe Comarcal replicaba: —No te enojés, amigo. Mas el audaz, pasando a los hechos, agarró fuertemente por el cuello al Sr. Mojica, al parecer con idea de derribarlo. La rápida intervención de la policía indígena, uno de ellos fuente de este informe, impidió que el osado indio llevara adelante sus mal reprimidos sentimientos.

El Sr. Mojica bajó entonces a la bodega, y armado de fusil y pistola quiso desquitarse del injurioso lance, más el personal de abordó logró apaciguarlo algún tanto, mientras el capitán mandaba levar ancla y enfilaba el barco rumbo a Ustupu, evitando así posibles complicaciones. Esto no era más que un chispazo del ardiente volcán que bajo tierra ardía.

Nubarrones en el horizonte. La Autoridad no andaba del todo ajena de los ocultos movimientos indígenas. Llegó a vislumbrar el peligro que se cernía. Veía que la indiada se movía recelosamente, dando lugar a brotes aislados de rebeldía. Pero el Secretario de Gobierno, a quien repetidamente se le pidieron refuerzos, no daba mayor importancia a los rumores.

El mismo Marsh infundía graves sospechas en sus extrañas correrías a lo largo de la Comarca. Una vez, avistado por agentes del orden público, frente a la isla de Tupile, pasando mar afuera, se le intimó detenerse, a lo que Marsh contestó despectivamente con un disparo de fusil.

También se ejercía vigilancia sobre sospechosas actividades en que estaban envueltos ciertos cabecillas indígenas. Por ejemplo, Sobrón de Playón Chico, que después resultó jefe de la revolución de aquella isla, anduvo corriendo de isla en isla, escapando de las miras de los policías.

Planeando sobre el terreno. Lo que no deja lugar a duda es que los indios, al volver de los EE. UU., trajeron el plan de la revolución

listo para desarrollarlo, inmediatamente en los carnavales de aquel mismo año. Contaban solo con mes y medio para preparar los ánimos y realizar la propaganda sigilosa en toda la Comarca, así como para designar e instruir a los jefes de cada localidad.

A juzgar por los hechos el Cacique Olonibiliña "de Kartí-Sugtupu tenía el cuartel general de operaciones de Oeste, cuyo radio de mando alcanzaba hasta Tigantiki; pues las órdenes, las amenazas en caso de defección o debilidad etc., emanaban de aquella región. Allí solía estar anclado, además, el barco americano Cleveland, a las órdenes de Marsh. Aquel Cacique recibía instrucciones del gran Consejo de Ailigandí, presidido por Colman, dirigido por Nele y asesorado por el inteligente Iguanikdibipi, el portador personal de los planes de EE. UU. a San Blas.

Por su lado, los Magnates de Ailigandí se movían libremente, lejos de las miradas del Gobierno, impartiendo minuciosas órdenes hasta Playón Chico inclusive.

Consignas...¹ Cada pueblo se encargaría de liquidar a todo elemento extraño allí residente, principalmente policías. 2. La fecha debía ser idéntica para todos: Domingo de Carnaval. Premeditadamente, se procuraría rodear de mayor esplendor a las solemnidades de aquel año. 3. Se respetaría la vida de los policías indígenas, a no ser que trataran de defenderse con armas. Solamente debían ser presos. 4. El pueblo de San Ignacio de Tupile sería atacado por fuerzas poderosas, reclutadas en Ustupu y Ailigandí, porque esta isla tenía muchos partidarios del Gobierno, siendo el primero de ellos el Cacique Inatoikiña. Además, era sede del tercer Destacamento de policía y contaba con numerosa fuerza.

Fundamento de nuestra narración. A principios del año 1946, recibí invitación especial de prominentes indígenas de Playón Chico, para asistir al carnaval de ese año. Había interés en que se exhibiera ante el Padre la originalidad de aquel carnaval, que aseguraban ser muy parecido al del año 1925. Iban a presentar ante los ojos de sus hijos la reproducción exacta de la espeluznante tragedia, llevada a cabo hacía ya 21 años.

El Cacique General de Narganá, Sr. Estanislao López, fue también objeto de la misma distinción y confianza. Quisieron hacernos testigos del drama conmemorativo de la heroica jornada que salvó de la esclavitud a la raza Kuna, en expresión autóctona.

Efectivamente, correspondiendo a la fina atención del pueblo, acudimos puntualmente ambos invitados. Teníamos listo el cayuco para surcar a vela las veinte y cinco millas del proceloso mar abierto, cuando providencialmente arribó a tiempo el barco indio "Esfuerzo", que nos transportó en tres horas y media.

Nosotros fuimos, inesperadamente, el prólogo del drama. Los actores estaban con vestidos de escenario, eran estos policías con rifle al hombro, los auténticos rifles del año 1925 y paseaban arrogantemente por las calles. En grupos desfilaban los rebeldes, vistiendo indumentaria típicamente indígena.

Una vez desembarcados, fuimos prendidos inmediatamente y conducidos al supuesto cuartel de policía y asentados ambos reos en un ban-

quillo. Aquello parecía serio: el bárbaro jefe del Destacamento, sometió a un largo interrogatorio intercalando en cada pregunta un buen porrazo sobre la mesa, apostrofando con gestos de energúmeno, y aseverando ser él el jefe, el que manda, el que hace y deshace; y otra vez los porrazos, siguiendo la comedia.

La violenta escena terminó con una amable sonrisa del improvisado Jefe y un apretón de manos. diciéndonos: "Bienvenidos sean; representaron bien". ¿Qué papel habíamos representado? El de aquellos dos espías que el día antes de la matanza humana, fueron introducidos en el pueblo por los revolucionarios, es decir: Iguatinuidikiña y Susu. Con ello nos demostraron, además, la manera cómo se conducían con ellos los policías. y maltrataban a los indios en la época anterior a la sublevación.

Enseguida, fuimos al Congreso del pueblo. donde los grandes nos obsequiaron con sendas totumas de chucula, agradeciéndonos nuestra venida y deseándonos feliz estancia.

El vecindario dió muestras de regocijo por nuestra presencia, pues ya los artistas del tablado tenían más espectadores y seguramente también un historiador de las heroicas hazañas del año 1925 que trataban de perpetuar.

Cinco días permanecemos en el pueblo, anotando minuciosamente los acontecimientos reproducidos y confrontando con testigos presenciales los diversos detalles de la tragedia. Más tarde, los hemos compulsado con los mismos autores de los hechos, la mayoría vecinos de las islas de Ustupu, Ailigandí y Tupile.

Con esto creemos haber autenticado suficientemente nuestro relato, indicando al lector el fundamento de nuestra narración de los acontecimientos en Playón Chico.

B— ESTALLA LA VIOLENCIA

Infiltración de espías. El día 22 de febrero de 1925, domingo del carnaval, llegaron a Playón Chico a la 1 p.m., procedentes de Ailigandí, los voceros Iguatinuidikiña, hoy Sahila, y Susu, actualmente primer Vocero del pueblo. El primero llevaba ya dos años escapado del pueblo, por no estar conforme con el cambio de vestidos y supresión de argollas y brazaletes, innovación introducida por la policía nacional.

El segundo, Susu, hacía un año que vagaba por Ailigandí, también huyendo de la persecución de los agentes del orden público, que intentaban aplicarle un castigo, por no haber tomado parte en ciertos trabajos comunes del pueblo, en ocasión de hallarse afligido por la muerte de su señora.

Lo cierto es que aquella autoridad tenía referencias de la complicidad de aquellos dos individuos, en planes subversivos que se tramaban a espaldas de ellos, en Ailigandí, en el Congreso del Cacique Colman y Nele.

A su llegada, recelaron de ellos y fueron sometidos a un interrogatorio de este sentido: ¿Por qué razón andaban Uds. lejos del pueblo, cuando nada tenían que temer? Colman, ¿de qué se queja? ¿Qué habla

en sus reuniones? ¿qué está planeando?... Ellos, muy cautos, respondían a todo con ingeniosas evasivas, manifestando estar ajenos e ignorantes de todo.

Las sospechas del Subteniente no eran infundadas. Ambos eran emisarios del Consejo Revolucionario de Ailigandí y traían instrucciones y órdenes tajantes para Sobrón, en el sentido de que aquella misma noche debían sacrificar las vidas de los castellanos allí residentes.

Moviéndose sigilosamente... En Playón Chico: Aquí solo tres policías estaban presentes **esa noche**, al mando de un interiorano llamado Gregorio Gordón. Los otros dos eran indígenas, por nombres Benito Guillén y Pedro Estósel, ambos hijos del pueblo.

La fiesta estaba animada. la atención principal de la juventud, en la construcción de la triunfal carroza, acompañada de un moderado beber. La policía no mostraba mayor preocupación y participaba algún tanto del espirituoso factor de la alegría del corazón, muy lejos de pensar que estaban suspendiendo sobre sus cabezas la espada de Dámocles, que había de caer inexorablemente aquella misma mañana, al amparo de las tinieblas.

En Ailigandí: Más allá, en la zona que escapaba a la influencia del gobierno¹², no entendían mucho de carnavales; en cambio, comprendían bien las oportunidades que les podían ofrecer esos días para sus designios.

Este mismo día, **domingo**, se movilizaron los dos escuadrones de combatientes de Ustupu y Ailigandí, para caer sorpresivamente, sobre la población de Tupile, sede del tercer jefe de la Policía en San Blas, con numerosos policías de servicio.

De Ustupu salieron, al **mediodía**, más de 100 cayucos, en medio de la mayor expectación y ansiedad de sus 1.500 habitantes. Iban todos los hombres hábiles para las armas, con ánimo de unirse por la tarde a los Ailigandí. Reunidos ambos escuadrones en Ailigandí, se formaron dos cuerpos de ejército, con sus respectivos Jefes, entremezclados unos con otros. Uno comandaba el Vocero de Ustupu, Olotebiñape, y se dirigía por mar afuera, para atacar al enemigo por el flanco norte. El otro capitaneaba el Cacique General, Olotebilikiña, y marcharía costearlo, para dar el asalto a la isla por el lado del continente.

Cada batallón por separado sumaba alrededor de 100 cayucos o canoítas de remo. Se ciñeron todos un pañuelo blanco en la frente en previsión de un fortuito encuentro con el enemigo, que les serviría de distintivo en las tinieblas de la noche. A la puesta del sol emprendieron la marcha a canaleta.

Y en Tupile, el espía. Naturalmente, dentro de Tupile mismo contaban ellos con un espía en continua inteligencia con el cuartel general de Colman, el cual debía esperarlos en la punta oeste de la isla, junto al edificio escolar, para dirigirles los pasos. El espía era el Sr. Olouinape.

(12) Como indicamos, mientras más al Oriente más independientes se sentían las islas del Gobierno.

Llegadas las fuerzas del norte a la cercana y despoblada¹³ isla de Korgitupu, introdujeron sigilosamente en Tupile a un experto expedicionario, para entrevistarse con el predicho enlace. Más que desilusión al no encontrarlo!... No se acobardó; entró en la población y dio con un amigo suyo, por nombre Podin, quien le enseñó la casa de Olouinapa, en cuya casa entró, hallándolo despierto aún e indeciso. "¿Qué hubo, amigo? ¿Cómo está la situación? Ya estamos todos aquí, en Korgitupu dispuestos a entrar en el pueblo y acabar con todos los Uagas (Castellanos); solo esperamos tus informes acerca de cuál es la oportunidad mejor para el asalto".

No podrá ser, le contestó, cesó ya el baile, los policías están bien preparados y han armado también a los comerciantes castellanos y a sus amigos para defenderse de un posible ataque del que oyeron rumores. Nuestro fracaso será seguro, si nos lanzamos a la aventura.

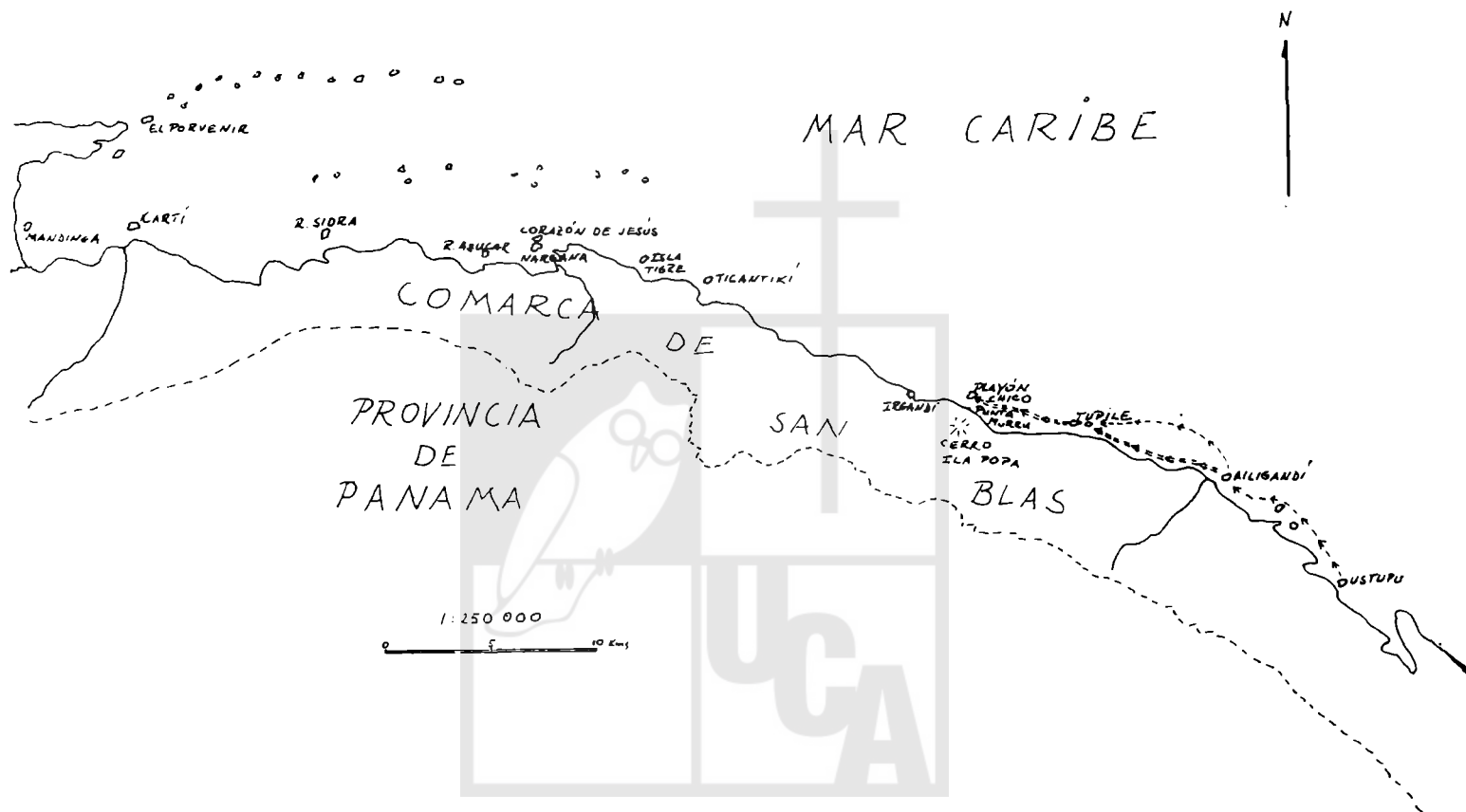
¿Cuál era la verdad? La verdad era que los policías estaban bien ignorantes de todo y despreocupados, el baile bien animado y corriendo el aguardiente. Pero el indio Olouinape, sintió horror de la sangre que iba a correr por su culpa. Al fin era su pueblo y muchas víctimas, parientes suyos.

El capitán Olotebiñape, en la imposibilidad de asaltar, mandó a sus huestes a regresarse a su punto de partida. Mas, no así el otro jefe. Olotebilikiña, que al saber la situación del enemigo, cambió la táctica de ataques y fue a Playón Chico, con la esperanza de realizar lo que no pudo en Tupile. Llegó allí como a las tres de la mañana, consiguiendo hacer contacto con los jefes de operaciones. Y he aquí el desarrollo de la cruenta aventura.

Primer acto de la tragedia: Lunes de madrugada. Son las 4 de la mañana del día 23 de febrero de 1925, lunes de carnaval. Los policías Gregorio Gordón interiorano y Benito Guillén indígena, estaban en el cuartel y Pedro Estósel indígena en su propia casa. Al grito de ¡despierten!, que llegan los indios revolucionarios en multitud de cayucos, los dos agentes del cuartel levantáronse y armados de fusil y pistola se encaminaron a enfrentarse con los adversarios en compañía del grupo que los despertó. No era falso, el enemigo estaba ya emboscado, y cuando estuvieron cerca de ellos, los fingidos amigos del grupo, sujetaron fuertemente por detrás los brazos de Gordón, sin impedir que aún hiciera seis disparos de pistola, con uno de los cuales atravesó el hombro de Iguabignike, primero en agarrarle.

Entre tanto el policía indígena, Guillén, entre estupefacto y confiado por hallarse entre los suyos, se mantenía inmóvil, sin decidirse por nadie. En esto, fue sujetado también, ya que estaba armado, y tan atropelladamente que lo derribaron al suelo. Así lo tenían, sin intención de hacerle más daño, mientras él pedía perdón, cuando entraron en tropel los de Ustupu, empuñando muchos gruesos palos de níspero. Estos, al reconocer al policía indígena, descargaron tal tormenta de porrazos, que allí le quitaron la vida. Gregorio Gordón también fue sencillamente aniquilado a porrazos con mil maneras de golpes, como pu-

(13) Hay más islas despobladas que pobladas. En las despobladas se siembran cocos. Las islas muy alejadas de tierra firme, de donde diariamente se trae agua dulce en cayucos, no se pueblan.



MAPA 2: COMARCA DE SAN BLAS

dimos comprobar en la reproducción, representado en un muñeco de paja. Finalmente ambos cuerpos fueron lanzados al mar.

Segundo acto de la tragedia. Lunes de mañana. Ya tenemos funcionando a todo vapor, a la máquina de la revolución. Las turbas, ebrias de sangre, esperan impacientes nuevas víctimas, en que vengar la larga serie de ultrajes a la raza... Antes de seguir, una pregunta ¿Qué suerte corrió el tercer Policía, Pedro Estósel? Dormía tranquilamente en su domicilio, cuando fue despertado por el alboroto de los revolucionarios y acudió precipitadamente a ver lo que estaba sucediendo. Pero, Suso el conocido emisario de Colman lo reconoció, gritando inmediatamente: Aquí está Pedro. Y, al punto, uno de Ailigandí le descargó un formidable porrazo en el hombro. Pedro encomendó su vida a la ligereza de sus piernas, perdióse entre los estrechos pasillos del conglomerado de casas, rasgó su blanca camisa echándola al suelo, para hacerse menos visible en la oscuridad; y por fin, echando al agua un pequeño cayuco, pasó al continente. En la travesía fue divisado, a pesar de las tinieblas, le dispararon regular número de tiros que, gracias a Dios, no hicieron blanco en él... Más tarde nos ocuparemos de su interesante odisea. Por ahora, lo dejamos en el continente.

El jefe del tercer Destacamento, radicado en Tupile, deseando informarse de la marcha de las fiestas en Playón Chico, despachó para allá una comisión de dos policías con varios remeros indios. Les acompañaba también el hijo de un comerciante español, Guillermito, residente allí. Los nombres de los agentes coloniales eran José Saracín y Juan Sánchez. Los remeros indios eran Yoali, Uirrip y Sapin, todos Tupileños.

Salieron de Tupile a las seis y media de la mañana, en el cayuco Arabia, a vela desplegada. A las ocho estaban llegando a Playón Chico. Iban ya bordeando de cerca la playa, por el norte de la Isla. Mientras tanto la trampa estaba puesta: un buen contingente de escogidos tiradores tumbados detrás de unos matorrales de la playa apuntaba a las despreocupadas víctimas. Y la trampa llevaba también disfraz: la bulliciosa juventud que simulando alegría y diversión, traía cautiva la atención de la confiada presa.

Al llegar a los francotiradores, estos, a una señal convenida, hicieron descarga cerrada de fusilería sobre los comisionados; y tan certera, que Saracín el agente colonial cayó instantáneamente muerto dentro del botecito; Guillermito el español que vestía uniforme de policía, cayó mortalmente herido. El indígena Uirrip herido también de gravedad. Los restantes se lanzaron al agua para entregarse, en la imposibilidad de tomar otro rumbo salvador.

El cayuco sin gobernar y azotado por fuerte brisa, se volteó. El otro policía colonial, Juan Sánchez, nadando fusil en mano ganó la orilla, e implorando clemencia, corrió a abrazarse fuertemente a su cuñado indio, protestando ser amigo de los indios. Estando en esta patética actitud, le fue disparado de cerca un bien estudiado tiro, del que murió inmediatamente.

El español Guillermito, recién casado con una india, que aún vive y es madre de numerosa prole, fue recogido y llevado cuidadosamente junto a la tienda de su padre, ausente en Colón. A las dos horas entre-

gó su vida al Creador. Parece que fue herido equivocadamente por vestir uniforme de policía. Fue enterrado decentemente al pié del cerro, donde está ubicado el cementerio del pueblo.

El indio Uirrip fue atendido lo mejor posible y a los dos días llevado a Tupile por su compañero Sapin, falleciendo a los dos días.

Los cuerpos de ambos policías fueron abiertos en canal y, amarrados a un palo dentro del mar. Los expusieron al público durante dos horas. Finalmente con sendas piedras al cuello fueron lanzados al fondo del océano.

El agente ultimado Juan Sánchez tenía un hijito de un mes, al cual, metido dentro de una jabita de mimbre, arrojaron al mar.

Y prosiguió la fiesta, en monstruosa amalgama de alegría y llanto, de alboroto juvenil y plañidero acento de las mujeres, opresión de almas y brutal expansión de contenida furia, todo al mismo tiempo, aunque en distintas personas.

Tercer acto: lunes en la noche. No había de terminar aquel día sin que se volviese a descorrer el telón fatídico, para dar lugar a otra escena de sangre. La infortunada comisión tenía orden de regresarse inmediatamente a Tupile para rendir detallado informe del ambiente en que se iban desarrollando los puntos del programa del Carnaval mas no volvía ningún cayuco o chalupa, ni siquiera de otras personas, como otras veces ocurre.

A mediodía, sentíase ya impaciente el Jefe, Miguel Gordón. Al atardecer, le fue imposible soportar la presunta indisciplina de sus subalternos; y a las cinco y media p.m. remitió nuevo despacho redactado en términos enérgicos para el jefe del puesto. Ya no cabía duda de que se habían dejado arrastrar de la corriente de la fiesta. Esta vez debían volver urgentemente los comisionados todos a Tupile. Inútil, tampoco regresó nadie. **A altas horas de la noche de ese lunes,** se estaba esperando a alguno al menos de los enviados. En la oficina del Destacamento se hacían mil cábalas sobre lo que pudiera estar ocurriendo, todas muy lejanas de la realidad.

Seis eran los jóvenes indígenas de esa segunda misión: Ricardo Alfaro, Kupi o Francisco Lombardo, Oloibili, Luis Alberto de Sedas, Enrique Jiménez e Iguaidipe. Ninguno era miembro de la policía. Escojieron el gran cayuco del San Andresano "Jim", actual capitán del buque Okopa, para realizar con más seguridad la travesía nocturna por el tormentoso Atlántico. Siendo todos expertos indios y viajando con buen transporte no había lugar a suspender el regreso, por peligroso que fuera. El Sr. Gordon, fatigado por los sinsabores del día y con el ánimo algo agitado por la incertidumbre de lo que estaba ocurriendo en el pueblo vecino, echóse a tomar un pequeño descanso, que no se alargó más allá de dos o tres horas. Al clarear el día martes andaba ya moviéndose de acá para allá, agenciando el viaje personal a Playón Chico.

Los indios que consiguió para remeros, extrañados, le hicieron una pregunta, a la que Gordón no pudo responder, pero que nosotros sí podemos ahora. Fue ésta: —¿No volvieron los indios que ayer tarde mandaste? Pues, ellos mismos avisaron a todos, que vendrían inmediatamente.

Era verdad, fueron determinados a volver mas a pesar de todo no pudieron regresar. Los soldados de la revolución, al caer de la tarde, divisaron en lontananza, el blanco triángulo de la vela de un cayuco, que paulatinamente iba agrandándose, signo cierto de nuevos pasajeros que venían a la boca del lobo.

Serían **las siete de la noche**, las sombras nocturnas acababan la tarea de tender su negro manto sobre la tierra. La visibilidad se hacía casi imposible y se ignoraba qué clase de personas venía entrando en la bahía de la isla. Los momentos no eran propicios para paños templados. Al aproximarse a tiros de fusil, abrieron fuego nutrido hiriendo a todos ellos. Unos fueron tocados por perdigones pequeños, otros atra-vesados por los grandes. No faltaron heridos de gravedad.

Las pobres víctimas, inermes y sangrando, no pudieron ya re-mar y dejaron a su propia suerte al cayuco. No tardaron los fusileros en percatarse de que los expedicionarios eran hermanos suyos. Los lastimeros gritos de "Anmal tule, ¡YU!!!", (nosotros somos tule (kunas)) les sacaron de dudas. Al comprobarse el lamentable error, diéronles sus excusas, siendo inmediatamente atendidos. Uno de ellos murió en Tupile a los pocos días.

Eso lo ignoraba completamente el Jefe Miguel Gordon. Pero los indios estaban muy al corriente de lo que pasaba en Tupile. Venían desarrollando su sangriento drama conscientes de que estaban tirando del hilo para llegar al ovillo. Y éste se halló por fin.

Cuarto acto: Martes de carnaval. Miguel Gordon, se dispuso a realizar el último acto de servicio de su carrera militar. Su semblante aparentaba preocupación y lo pausado de su paso parecía dirigirse a lo incierto. Sus compañeros y remeros indígenas se mostraban contagiados del mismo sentimiento, siendo parcos en palabras y nada pródigos en los graciosos chistes carnavalescos, de que hacen gala en tales días.

El cayuco escogido para la jornada se llamaba Tita; muy capaz para contener a la tripulación y pasajeros. Estos eran además del predicho Jefe, el policía colonial José Castillo y el indígena Antonio Orán, que a la vez timoneaba la diminuta embarcación. Los indígenas Tupileños que los acompañaban eran cuatro: Maniukdikiña, Sobrino, Tiebdi (Agustín González) y Tinaibi.

Durante la travesía no abundaron tanto las expresiones imprecatorias contra la presunta indisciplina de las comisiones despachadas, cuanto las conjeturas de múltiple cariz. Inclusive se presagiaban violentas reivindicaciones indígenas contra la policía nacional. Soplabla fuerte brisa sobre la gran vela de la canoíta de suerte que saliendo poco antes de las siete de la mañana de Tupile, pudieron arribar a Playón Chico a las ocho: una hora de travesía. Al aproximarse a la isla, Gordon y comitiva sintieron tranquilizarse el ánimo, en vista del festivo aspecto del pueblo. Numerosas banderas nacionales flameaban al viento. Las calles llenas de bulliciosos jóvenes que ya cantaban botella en mano, ya describían grandes eses agarrados por los cuellos... Esto solo era disfraz premeditado y magistralmente ejecutado.

¡Qué extraño! ¿Y los policías? Ningún agente por las calles, muchos hombres, numerosos grupos... A medida que el jefe Gordon se aproximaba hacia la isla, la gente se iba aglomerando en la playa. Al

ser identificadas las personas de la chalupa, empezó a organizarse la farsa, a improvisarse el disfraz aparentando estar todos enfiestados, alegres, y hasta bebidos. Sobre todo no debía faltar la exteriorización de patriotismo. Menudeaban los vivas a Panamá y a la policía nacional, alzaban pañuelos, mostraban botellas etc. En fin, nada se debía omitir, para que no se les escurriera de las manos tan codiciada presa.

La multitud de hombres congregada en el lugar donde debía entrar la ilustre comitiva, por fuerza debió causar sorpresa en Gordon, que no era un bisoño en la Comarca. Vinieron a desembarcar allí donde Miguel Avila tiene actualmente radicada su tienda.

Los fusileros hurtaban sus cuerpos a la vista de sus víctimas, al amparo de fingidos vocingleros apiñados en espectacular cuadro de honor. Al detenerse el cayuco y antes de descender los pasajeros, lanzaron los indios un estentoreo ¡Vive Miguel Gordon!, seguido de un cerrado aplauso. A continuación un ¡Viva Panamá! al que el Jefe Gordon correspondió levantándose y haciendo salvas de pistola al aire. En este preciso momento un certero disparo de fusil hizo blanco en la garganta derribándolo mortalmente herido dentro del cayuco. Moribundo y todo, aún pudo hacer seis disparos de pistola al azar contra sus asesinos, pero sin resultado alguno.

Los revolucionarios siguieron disparando contra los otros dos policías, alcanzando al agente colonial Castillo y al indígena Antonio Orán, quienes se arrojaron al agua para huir. Antonio al escuchar la promesa de que sería perdonado, se entregó, siendo asistido inmediatamente. Castillo seguía nadando fusil en mano, intentando llegar al continente. Perseguido por un cayuco con dos indios armados, fue fusilado, hundiéndose inmediatamente. Castillo había sido el autor de la muerte de Oloingipe, hecho que los indios comentaron largamente. El cadáver apareció al día siguiente en la ensenada, echado por la marea. Así quedó en la playa hasta descomponerse y desaparecer. No todo era indeseable en él, pues aún se aprovecharon de un dólar que hallaron en un bolsillo y del anillo.

Dejamos a Gordon tendido y muerto en el cayuco. Se ensañaron en su cuerpo haciendo de él lo que no se puede oír sin rubor y menos escribir, por lo que nos abstenemos de hacerlo. Saciadas en él las iras, dejaronlo en la playa un par de horas, trasladándolo después a la opuesta del continente, en la bahía. Descuartizado lo rociaron de kerosin para quemarlo, más el fuego no podía prender. Los gallinazos dieron cuenta de él en dos días. Dos semanas después, cogieron su cráneo y lo colgaron de un palo hincado en tierra, permaneciendo así durante casi un año, en señal de escarmiento.

Las consecuencias. Marsh no aparecía en parte alguna; los había dejado a su suerte, dándose él a la fuga en su barco de guerra Cleaveland. Los indios temían las represalias del Gobierno, por lo que determinaron trasladarse al continente para preparar la defensa o huir selva adentro, conforme aconsejasen las circunstancias. El pueblo se trasladó totalmente al continente, a una punta llamada Murru a dos millas distante de la isla donde permanecieron seis años, al cabo de los cuales y una vez disipada la tormenta que temían, regresaron nuevamente a su antigua isla, en que siguen hoy día.

.Paréntesis: Odisea de Pedro Estósel. A este policía indígena, do-

lorido por el tremendo espaldarazo, pero contento de haber escapado al continente de una muerte segura, lo dejamos escondido en la ladera del cerro denominado Ila Popa. Aquí se mantuvo alerta, temiendo las pisadas de sus enemigos, y observando desde aquella altura, cuanto ocurría durante el día lunes en su pueblo. Veía las calles convertidas en un hervidero de hombres que iban y venían. Percibió claramente las descargas de fusil en las ejecuciones de la mañana y de la noche. Solo bajó a la playa, cuando la oscuridad le libró de las miradas enemigas. Resolvió dormir sobre la blanca arena, saliendo de la multitud de bichos dañinos del bosque virgen. Tendió en el suelo ramas de palmera por colchón y tapandose con hojas de plátano, por sábana y mosquitero, se abandonó en los brazos del sueño, despertando solo a la luz del día.

Incorporado y algo repuesto del susto del día anterior, púsose a pensar el plan a seguir en la búsqueda de un refugio. Presentáronsele a escoger los pueblos cercanos de Irgandí y Ukupa y optó al fin por entregarse a la hospitalidad del más vecino (Irgandí), llegando a las tres de la tarde del martes. Pero ¿cómo me recibirán? ¿Tal vez a tiros, pues soy conocido como policía?, se decía Pedro.

Desde prudencial distancia avizó el ambiente del pueblo, que no era muy halagüeño. Paseaban por las calles jóvenes cargando fusil. El miedo corrió por su cuerpo, cual corriente eléctrica pero decidido a terminar la aventura en la forma que Dios quisiera, se dirigió al pueblo. Tan buena suerte le amparó que fue a dar primeramente al mejor amigo suyo, Negobandule, su querido maestro de medicina, quien, interponiéndose valientemente entre él y los milicianos armados que lo querían matar, les increpó: —No matarán a este hombre, sin que antes me maten también a mí. Lo internaron en el pueblo, para resolver qué providencias tomarían con él. Nagobandule iba delante de Pedro, estrechamente unido, protegiéndole con su cuerpo, para que no fuera herido.

Finalmente, perdonándole la vida, decidieron entregarlo sin demora a las autoridades de Playón Chico, para así declinar toda responsabilidad. Brindáronle un poco de chucula que no pudo ingerir, dominado por la preocupación de su incierto porvenir. Bañóse en el riachuelo del pueblo y a las 5 de la tarde de ese martes fue llevado a Playón Chico por varios jóvenes en el cayuco Ripio, como trofeo de guerra.

Triste en verdad su figura: cueros al aire sin camisa, pues la había lanzado al escaparse; con pantalón kaqui roto, sin sombrero y descalzo, además. Estaba seguro de morir a manos de sus perseguidores de cuya saña había sido testigo desde el escondrijo de Ila Popa. Sin embargo no era este su mayor dolor: la orfandad de sus tres hijos le inquietaba sobremanera.

En Playón Chico pronto se percataron del cayuco que asomaba en el horizonte en dirección del pueblo. Nuevas conjeturas, quizás son buenas presas para el sangriento festín que aún desea más víctimas. La ansiedad cundió entre aquellos sedientos de sangre.

Ya al alcance de los ojos, reconocieron al fugitivo pajarillo cautivo en las manos del cazador. Algunos rugieron en espontáneo gritos de muera, afuera con él... pero afortunadamente la cordura se impuso y la voz del alto mando se hizo respetar. Apenas se apeó el descami-

sado policía, tembloroso y cabizbajo fue conducido al Club de jóvenes, repleto de la gente de Ailigandí y Ustupu. Pusieronlo de pie ante el gran tribunal libertador y la masa de milicianos que le rodeaban. Entonces, el Sr. Olotebilikiña, jefe supremo, colocóse a su lado para defenderle y fallar a suerte de aquel hijo de la raza, diciendo: —Lo pasado sea historia pasada, quede perdonado, bajo la condición de defender a la raza Kuna.— El lo prometió. —Nadie ose molestarlo más, prosiguió; vete a tu casa. Con esto terminó el trance decisivo y fuese a su casa.

Al entrar en su hogar, encontró a sus hijos y a su mujer. Si esta se contentó con dirigirle una mirada apenas. Tal era la emoción que le era imposible hablar, Pedro buscaba ropa para cubrirse, pero nada veía: solo vió en el rincón de su casa, tirada por el suelo y rota la máquina de coser. Las prendas de vestir y demás útiles de su uso personal habían sido quemadas o destruidas, por suponerlo ciertamente muerto.

Por fortuna, el cacique Olobanike era tío suyo; y no tardó en traerle pantalón, camisa y sombrero; con lo que pudo respirar diciendo para sus adentros: Estoy salvo. Aún había una muralla de malquerencias entre sus convecinos y él. Era menester destruirla. No soportaba ese aislamiento por más tiempo por lo que resolvió salir a la calle para relacionarse con la gente, más la mayoría le negaba el saludo y rehuía su encuentro.

Todo esto tenía lugar en menos de una hora.

Otro paréntesis: Respuesta a una incógnita. El cuartel general de la Revolución de Ailigandí y Ustupu ¿tenían conocimiento de los sucesos de Playón Chico? Sí, ambos pueblos tenían informes detallados de los hechos indicados, a medida que iban realizándose, a pesar de distar el primero cerca de veinte millas y el otro unas treinta. A través del continente existía una red de comunicaciones que, en pocas horas, hacía llegar las noticias hasta el puesto de mando. Los enlaces peatones tan en su elemento se movían vadeando caudalosos ríos, y abriendo con machete la tupida selva.

La cortina Tupileña. Fácilmente afluirá a los labios del avisado lector la pregunta: ¿Cómo se mantuvo a Tupile tanto tiempo en completa ignorancia de los sangrientos actos? Debemos atribuirlo a la pericia que asistió en sus actuaciones a los dirigentes de la revolución sin negar la existencia de otros factores secundarios.

Solamente aventuraron este secreto, cuando se hubo cazado al pájaro gordo (Gordon) y a la mayoría de sus agentes. Entonces no les importó ya introducir en Tupile otro espía, Yoali, aun con peligro de fracaso. Al efecto, Yoali, remero indio tupileño que había acompañado a la comisión de policía, en el cayuco Arabia, superviviente del segundo ataque, fue comisionado por los Revolucionarios para volver a Tupile, con encargo de comunicar a los partidarios que terminasen con los restos de la policía y que por lo menos les ayudasen a ellos a entrar en la población, cuando pasasen de regreso por allí rumbo a Ailigandí. Esta encomienda pronto vino a ser un secreto a voces.

El Sr. Yoali, ya en su casa, no pudo ocultar a sus familiares y confidentes los terribles acontecimientos por él mismo vividos. Los contó al oído y en voz silenciosa; mas no tanto que burlara la atención infantil. Una niña de la escuela, ya mayorcita, oyó la relación y no ca-

biéndole dentro corrió a comunicarla a otro, siendo el Sr. Iguabgi uno de los primeros en saberlo. Este personóse donde el Cacique Inatoikiña y ambos juntos fueron a informar de ello al cuartel. El Sr. Inatoi aconsejó a los policías largarse cuanto antes de allí y tomar las de Villadiego; pero estos de inmediato, se prepararon a la defensa de lo que pudiera ocurrir cuando pasara el ejército victorioso. Yoali, contravieniendo la orden de que nadie se moviera al amparo de las tinieblas salió en un cayuco hacia la isla Korgitupu, para hacer contacto allí con los revolucionarios y notificarles que no pretendieran atacar por estar la población prevenida para la resistencia. Así cumplió con los rebeldes que esperaban informes de él y, a la vez, evitó derramamiento de sangre en favor de los policías.

Los cien cayucos del ejército liberador se dirigían a Ailigandí, llevándose presos unos 30 jóvenes de Playón Chico, amigos del Gobierno, y a Pedro Estósel, para ser juzgados por el tribunal supremo del cuartel general.

Planearon hacer una entrada espectacular y victoriosa. En la isla de enfrente de Ailigandí debían juntarse todos los expedicionarios y salir de allí simultáneamente a una señal convenida que emanaría del mismo pueblo. Así se hizo **cerca de la media noche del martes de carnaval** ante una inmensa multitud que los recibió.

Castigos y recompensas. Los prisioneros fueron introducidos en el Congreso, donde oyeron un grandilocuente discurso de Simral Colman, recriminándoles su conducta como amigos del gobierno por la culpa que tuvieron en consentir que las hijas Kunas fueran ultrajadas y el pueblo milenario sujeto a vil esclavitud de los negros, entre sin número de violencia.

Allí los tuvieron sentados hasta las once de la mañana siguiente, hora en que probaron la primera taza de chucula. Algo después les dieron también comida.

Era también la hora de las recompensas por méritos de guerra. Los que habían herido o matado, en lugar de cruces y medallas pedían que los presos trabajaran sus fincas o les pescaran determinado número de semanas, y otros servicios equivalentes. Así los héroes tuvieron trabajando bajo sus órdenes a los castigados, durante tres meses en la población de Ailigandí, sede del Cacique supremo.

Ina Abe Osiboet. Los hombres que habían derramado sangre humana, tenían su alma manchada y eran abominables ante Dios; poseían la culpa que denominan en su idioma Uri. Para borrarla tienen una medicina, ina abe osiboet, con la cual, además, ahuyentan el espíritu del muerto, que posiblemente querría vengarse. **"Purba oé",** es otra frase sinónima a la anterior. De no tomar esa bebida ritual, la sangre del difunto puede venir sobre el victimario a hincharle la barriga, quedándose pipón, como dicen.

Así pues, todos ellos pasaron a beber aquella medicina, volviéndose limpios como el sol e inocentes como un párvulo.

"Esto ha ocurrido y solo nosotros quedamos para anunciarlo", esta pudiera haber sido la frase de los policías salvados de la hecatombe del año 1925, en Tupile. Estos eran tres, cuyos nombres quedan incompletos hasta ahora para nosotros: Rodríguez, Tomás Barsallo y Pres-

tán. En dos cayucos salieron rumbo al Oeste con destino a Santa Isabel con tres castallanas que responden a los nombres de Panchita, Rosario y la Señora de Saracín, difunto. Varios indios de Tupile fueron con ellos de marineros. La salida se efectuó a **eso de las siete de la mañana del miércoles.**

A las tres horas, entró en Tupile una comisión de Ailigandí, en nombre del Cacique Colman, llevándose al regreso cuanto pudo hallar de armas y hasta enseres escolares del plantel docente. Las escuelas de Tupile y Playón Chico fueron quemadas simultáneamente como un mes después de la Revolución, obedeciendo sin duda órdenes del alto mando revolucionario indígena.

Víctimas Inocentes. El exterminio fue total. No quisieron que en la región indígena quedara ni vestigio de la gente negra ni blanca. Por lo que también quitaron la vida de los hijos de policías o castellanos con mujer india.

Solamente en la región este de la Comarca, o Tadanakue, se cuentan cinco los niños muertos y que responden a las personas siguientes: 1. La hijita de Castillo. 2. Un hijo de Juan Sánchez. 3. Un Guillermito. 4. Un hijo de Oscar Pérez. Todos ellos de Policías. 5. En Irgandí mataron también a un niño de un San Andresano con una mujer de Playón Chico.